

Duadaleyara



19 DE FEBRERO - 1948

VOL. 2 AÑO 1 NUM. 9

EN ESTE NUMERO:

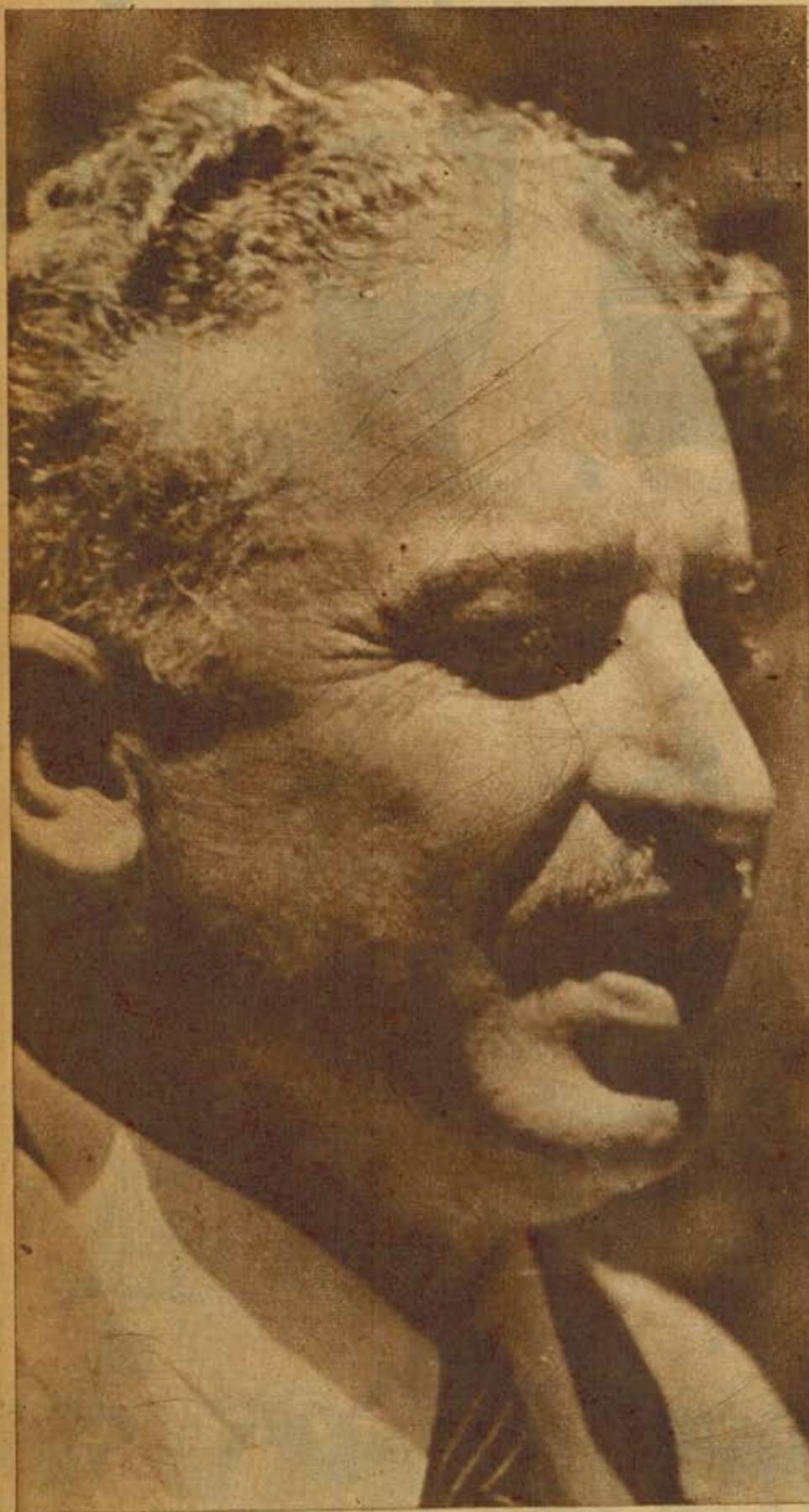
QUIEN ES
GONZALEZ GALLO
Y COMO PIENSA

POR

JORGE GONZALEZ GUEVARA

SESENTA CENTAVOS

Reminiscencias de mi Vida

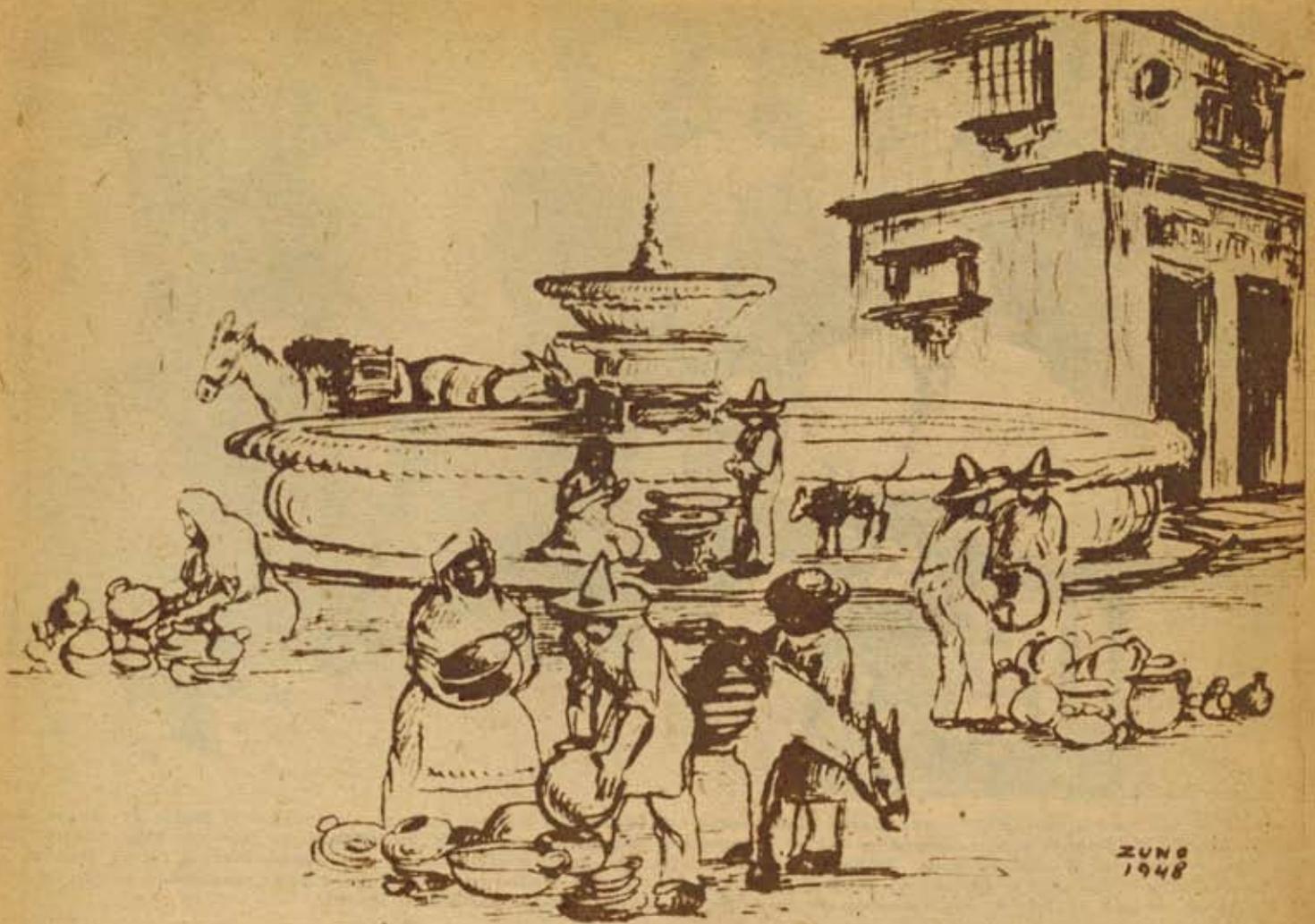


JOSE G. ZUNO

Por
JOSE
G.
ZUNO

ZO llevan jactancia estas memorias. Cuando mucho, a veces, parecerán inmodestas, porque no ocultaré ninguna satisfacción, ningún disgusto que me provoque el recuerdo de motivos agradables o desagradables.—No pretendo que lo que yo recuerde sea la verdad. Cuando mucho será MI VERDAD, porque a tan larga distancia, las cosas suelen verse de muy distinta manera por unos o por otros. Y aun las visiones cercanas se disuelven o se precisan de acuerdo con las pupilas de cada quien.—La verdad se tuerce con intenciones también torcidas cuando así se quiere. Yo no lo quiero.—Diré aquí lo que recuerde al volver vista y memoria por entre nieblas cada vez más densas y espesas, hasta que de la más profunda oscuridad brote el primer destello de razón y de la luz.—El orden cronológico no será mi ruta al relatar mi vida y experiencias, sino que dejaré correr con cuanta naturalidad pueda, el impulso sentimental y visionario; y hasta, a veces, tal vez diré fechas erróneas y nombres que no existieron, que no fueron o que eran distintos.—Culpa será de la imaginación: de mi imaginación, y tendré sentido propio cada error. Y en otras ocasiones podré ser rudo, o quizás indiscreto, pero sin dolo ni morbosidad malevolente, sino tan sólo verídico a la manera que ya dije antes.

Entraré, de tal manera dispuesto, hasta los últimos años del siglo pasado buscándome a mí mismo con mi propia linterna en largo viaje retrospectivo.



LA PLAZA de Toros en el Mercado Alcalde a fines del siglo pasado, en un dibujo del autor.

La Plaza de Toros, ahora Mercado Alcalde, era una amplia explanada en cuyo centro se encontraba una gran pile de piedra de tipo colonial, con bebederos para las bestias de carga que se aglomeraban en su alrededor, abrumadas por el peso de los huacales llenos de loza de barro de Tonalá, de Tlaquepaque y de los pueblitos cercanos, pues todos los del rumbo oriente de la ciudad se dedicaban a la alfarería, fabricando los de Tonalá vasijas finas preciosamente decoradas y coloreadas; los de Tlaquepaque monitos, animalitos y loza más gruesa, sin esmaltar; y de Zalatlán, de San Gaspar y San Andrés, se traían cántaros, ollas, apastes y tinajas gruesas. En un círculo más amplio cuyo centro era la gran pile, se extendían los puestos de los indígenas, desplegados sobre el piso de tierra apisonada la multitud de objetos pintarrajeados en los que predominaba el rojo indio.

Hacían también irrupción en aquel tianguis de la alfarería, inditas correteando con pesos menudos detrás de

sus borricos cargados con gallinas, guajolotes y puerquitos; y otras pregonaban sus jocoques, gorditas de horno, tamales, atoles y muchas variedades más de comidas indígenas y criollas, que se expendían en otros puestos colocados en las esquinas de la gran plazuela, y que se componían de anchos anafes con grandes comalones y enormes ollas donde despedían sus apetitosos olores.

Naturalmente, entre todo este pintoresco cuadro pululaban anacrónicos catrines, muy pocos por cierto, y muchos peladitos y mujeres del pueblo, y otras criollas y muy pocas catrinas. No faltaban el abusivo cobrador del Ayuntamiento, ni el aguador con su borrico cargando cuatro cántaros rojos llenos del desde entonces escaso líquido, ni dejaba de hacer cuerpo de presencia el cuico con su macana, ni el charro donjuanesco, ni el borrachín picaresco y gritón. Los mesones de los alrededores se encontraban repletos de recuas, indígenas y rancheros

que acudían a realizar sus productos o a comprar lo que necesitaban.

En la esquina oriente-sur de la plaza, se alzaba modesta casa en la que estaba instalada una tiendita de abarrotes, y en el segundo piso la casa habitación. La tienda era de mi padre y en el altito vivíamos él, mi madre mis dos hermanos, Alberto y Salvador, y yo.—Es en este escenario que así puedo describir ahora, en el que se afianzan mis primeras experiencias, mis más antiguos recuerdos.—Nada apunta mi memoria antes de ello.

Llamébase mi padre Vicente Zuno Estrada, y mi madre María Trinidad Hernández Gómez de Zuno. El había nacido en La Barca, y ella en la hacienda de Buenavista, Michoacán. Casaron en la hacienda de San Agustín donde mi abuelo paterno era Administrador y mi padre Tenedor de Libros y Maestro de la pequeña escuela rural. Mi abuelo había sido miembro de la acordada juarista de Buenavista



ESTA FOTO fué tomada en 1917, cuando siendo Gobernador del Estado don Manuel Bouquet, se inauguró el Museo de Guadalajara. El Gral. Manuel M. Diéguez aparece firmando el acta de apertura, estando a su espalda, de izquierda a derecha: Pbro. Severo Díaz, Prof. Abel Ayala, José Guadalupe Zuno (Inspector de Dibujo), Manuel Bouquet (Gobernador de Jalisco), Manuel Fariás, Manuel López Binares, Ixca Fariás (primer Director del Museo) y Jesús Reyes Ferreira. Nadie pudo en aquella hora pronosticar a Zuno que, 31 años después, habría de ser él, que entonces era Inspector de Dibujo, Director del mismo Museo.

y emigro nacia La Barca por no haber tolerado las imposiciones brutales del Burro de Oro, don Francisco de Villarde, general imperialista dueño de Buenavista y de todas las grandes haciendas de los valles de La Barca y Zamora y La Piedad. Martín Gavica, español, esposo de la dueña de San Agustín, era un europeo caprichudo que quiso poner las cadenas gachupines en las canillas varoniles de mi abuelo, quien las rechazó enérgicamente y emigró con sus hijos y nietos rumbo a la capital jaliscense.

Dos años no cumplidos contaba yo entonces y era el único hijo, pues Alberto ya nació aquí en la casita que he descrito; y a los dos años siguientes nació Salvador. Mi abuelo y mis tíos maternos, conocedores del ramo de ganadería, se dedicaron a la compraventa de reses para el rastro y pronto hicieron buena fortuna; sólo uno de ellos, don Constancio Hernández, estaba estudiando la carrera de abogado después de algunos años preparatorios en el Colegio de San Nicolás de Morelia, y en el Seminario de Za-

mora, recibéndose brillantemente en Guadalajara, allá por el 1900.

Mi padre era dibujante y con él, trepado en el mostrador del tendejón en las horas de descanso comercial, tracé las primeras líneas y dibujé las primeras letras y las primeras figuras de que guardo memoria. Muy satisfactorio sitio ocupa en ella un hallazgo que hice entre los papeles de envoltura: varias hojas de brillante papel cerúleo que fueron para mí un tesoro inaprediable a cuya sola vista me solazaba. Con ellas hicimos mi padre y yo, figuritas de animales petatillos trenzados al modo de las labores indígenas y después, cuando llegaban remesas de papel de envoltura, acudía yo en busca de nuevas dotaciones del de lustre, que jamás volví a encontrar. Solamente cuando ingresamos a la escuela de párvulos Alberto y yo, volví a ver no solamente al de color azul, sino de muchos más, con los cuales realizábamos amplio programa de labores manuales, bajo la dirección de las queridas maestras Lupita Dueñas, Panchita Navarro y Refugio Puga.

VIVA LA...

(Viene de la página 25)

te, alguien aprovecha el momento. Lanza el grito de los corazones oprimidos. De los vilmente engañados...

—¡Se vendió esa mula!... ¡Es un ladrón!... ¡Tenga su diputado!...

Audóromo. Un nombre. Un ser más... Es cruel la bandera: roji-negra. Es cruel el resultado: el mismo dolor de los parias.

Pero más demoníaco es el motivo: el oro que tiran los fuertes en los vendavales del vicio, pudiendo calmar algunas hambres, o pudiendo evitar algunas lágrimas...

Audómaro siguió manejando las máquinas. Con su tedio... Entre el enorme mundo de los vivos muertos...

DISUELVA LA YEMA de un huevo en agua tibia y jabone con esto las manchas de café con leche y de chocolate. Enjuague y si persisten añada unas gotas de álcali frotando con un cepillito.